

La noche de Manuel Vilariño

La obra fotográfica de Vilariño destila una intensidad lírica que ahora vierte en el poemario «Animal Insomne»

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

La tarea de la poesía puede obligar a un tremendo descenso a los infiernos, allí donde, como escribiera Valente, «nada tiene más fuego que la ausencia». Las poesías de *Animal insomne* están atravesadas por la nostalgia reflexiva que tiene algo de «escritura de Orfeo» en el sentido blanchotiano. Manuel Vilariño (La Coruña, 1952) evoca o, mejor, recorre un lugar que es otro lugar en el que imponen su belleza la bruma, el bosque, el acantilado y el océano. Este extraordinario fotógrafo que no abandona nunca el aliento poético sabe que en el Paraíso está también la muerte; desde la quinta «Bucólica» de Virgilio hasta el cuadro *Et in Arcadia Ego* sale a nuestro encuentro la calavera como rostro final de la melancolía, la conciencia de la finitud allí donde nos habían prometido la felicidad.



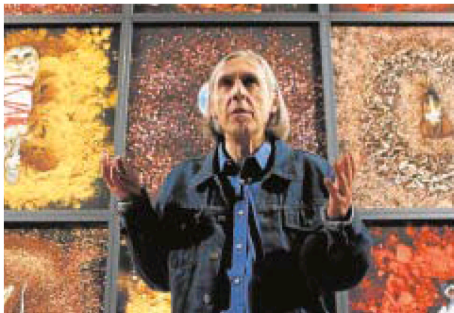
Animal Insomne
Manuel Vilariño

Trifolium, 2018
264 páginas
25 euros
★★★★

ESTE HERMOSO LIBRO ES, en cierto sentido, una versión contemporánea del *De Rerum Natura* de Lucrecio. Se nombran las flores y los árboles, las piedras, los animales, desde los pájaros hasta los que habitan en el bosque, de los seres marinos a las larvas, las libélulas, las musarañas o la araña que teje el olvido y el imponente animal que aparece cuanto todo se desmorona: el rinoceronte, el último «monástico del bosque». Vilariño busca, aunque no aparezca, un rostro en el espejo, sueña y encuentra enigmas, sabe que solamente quedan las ruinas cuando está «lejos de todo, lejos de nada». La oscuridad lo envuelve todo, en un dominio de la sombra que recuerda la verdad de Paul Celan, y el tono de la poesía es

el del barroco fúnebre, cuando lo que resta es aquella nada que Góngora describiera como hermosa pulverización del cuerpo enamorado.

Las horas pasan y llega el crepúsculo oscuro y «el peso de la noche»; a pesar de todo, Vilariño repite, en esta escritura que tiene algo de letanía, la experiencia del amanecer, en clara evocación del pensamiento de María Zambrano. No hay en estos intensos poemas, mediodía ni atardecer, la temporalidad atmosférica impone el frío y la lluvia. La música de Bach, Messiaen, Hayden, Schubert y Sonny Rollins ofrece un mínimo consuelo en este «viaje de invierno» aunque, en el fondo, el silencio es lo único que tiene entrelazado con el recuerdo del «amor invulnerable». Leemos, literalmente, un cuaderno del duelo cuando ya no quedan ni lágrimas. El artista es un animal solitario e insomne. ■



El artista y poeta Manuel Vilariño

ERNESTO AGUDO



Un relato en un tuit

«En algún lugar existe para mí una bolsa de higos y un árbol de monedas. Busco mi pedazo de traición. La palabra dicha contra la palabra no dicha. Así de fácil»

DNI ELECTRÓNICO

- Nombre completo: Lucas Martín.
- Lugar y fecha de nacimiento: Úbeda, 1981.
- Residencia actual: Málaga.
- Estudios: Periodismo y Filología Hispánica.
- Ocupación: Compagina la escritura con su trabajo en la fundación cultural.

DARÁN QUE HABLAR: LUCAS MARTÍN

«LEER ES MUCHÍSIMO MÁS IMPORTANTE QUE ESCRIBIR»

En su último ensayo, «Atrapados en nunca jamás», reflexiona sobre la nostalgia como trampa para los niños perdidos del S.XXI

INÉS MARTÍN RODRIGO

—¿Cuáles son sus intereses como escritor? El deseo de un escritor no se diferencia en gran cosa del resto de deseos e intereses. De los demás y de uno mismo. «Escribe porque la vida lo escribe», decía Juan Gelman. Por eso y porque estamos llenos de carroña, de agua, de sangre y de palabras. Se escribe porque no se puede hacer otra cosa. Se escribe para aprender a sufrir como Dios manda. Se escribe para explorar y componer y recomponer el mundo. Tal vez para destruirlo todo.

—¿Y como lector? Leer es muchísimo más importante que escribir. Puede que incluso que vivir. Navegar es lo importante. Si no fuera por la lectura probablemente a estas alturas ya estaría muerto. Lo que yo llamo lectura es lo más parecido que existe a caminar permanentemente y probablemente haciendo eses por un acantilado, recorriendo el temblor, viviendo en el temblor, hablando de una vez y con coraje a solas.

—¿Sobre qué suele escribir? Para mí todo parte de una misma pulsión, de un mismo extrañamiento, de una misma insuficiencia, de una misma con-

goja. En realidad, los temas son infinitos y a la vez se reducen a unos cuantos, que son además los de siempre. En mis últimos libros he hablado de la nostalgia, de mi infancia y de la digestión personal del vacío y más aún del vacío relacionado con los dioses. Podemos ver un partido de fútbol, construir grandes nudos de ficción o salir de cañas. Al final son destilados de lo mismo: de la propia muerte, del desamparo, de la destrucción. Del fabuloso y repugnante misterio, en todas sus variantes, que es siempre estar aquí.

—Supo que se dedicaría a esto desde el momento en que... En mi caso no se dio ningún tipo de momento de epifanía. De niño tenía más interés por la autocompasión y por inventarme historias y mundos a solas que por salir a la calle. Más tarde aprendí a leer y a partir de ahí todo se torció. Añada a eso que soy un hombre fundamentalmente inútil y que no sé hacer otra cosa, ni siquiera cambiar una rueda. Digamos que mi voluntad tira más para la inacción. Y que la palabra es la enfermedad y la tentación y al mismo tiempo es el mundo.

—¿Qué referentes tiene? Hay tantos referentes como gente indeseable. Y eso supongo que equilibra y allana el cutis y el camino. Lo que no distingo, eso sí, es entre géneros, ni siquiera entre disciplinas. No todo en la literatura es forzosamente una experiencia libresca. Si hablamos de influencias, para mí ha sido tan influyente Wagner como Montaigne, Bacon, Celan o la película *El sacrificio*.

Por no hablar de las conversaciones con mi abuelo y con mi bisabuela. En Úbeda.

—¿Y a qué otros colegas de generación destacaría? Lo de las generaciones me parece un invento de El Corte Inglés y del diablo. En realidad, toda obra está condenada a morir y a la vez se mantiene viva y en igualdad de condiciones con lo nuevo. Somos tan contemporáneos de San Agustín y de las Upanishads como de Arturo Pérez Reverte.

—¿Qué aporta de nuevo a un ámbito tan saturado como el literario? ¿Nuevo? Que los dioses me libren de tamana presunción. ¿Quién diablos puede aportar algo nuevo? Nunca hubo nada nuevo. Ni siquiera al principio. ■

